

todas por el lazo común del dolor que las afligía.

Pedro y su familia, pues no eran otros, se detuvieron en una de las vueltas caprichosas que daba el sendero que seguía las sinuosidades de la montaña y el anciano con voz grave dijo:

—Ya es tiempo de separarnos, hijos míos.

Un estremecimiento convulsivo agitó á todos los que oyeron estas palabras.

Antonio se adelantó algunos pasos, y arrodillándose delante de Pedro y de Mariana, les dijo con voz trémula:

—Padres míos, voy á cumplir un deber; bendigan ustedes á su hijo adoptivo.

Ambos ancianos pusieron las manos sobre la cabeza del joven indio, y lavando los ojos al cielo, le bendijeron.

Antonio se levantó con nuevas fuerzas para llevar á cabo la penosa resolución que se había impuesto. En ese momento, adelantándose el anciano, le presentó una carabina que llevaba en la mano, y le dijo con solemnidad:

—Toma, hijo mío; por tus venas corre la sangre pura y noble de los hijos de Zempoala. Toma esta carabina, estas balas y esta pólvora; son los últimos restos que conserva un soldado viejo; marcha á combatir por tu patria, y cuando vuelvas á entregarte á una vida más tranquila, ya sabes que dejas una esposa que te aguarda impaciente.

Antonio recibió, sin poder pronunciar una palabra, el presente que le hacía el veterano; dirigiéndose en seguida á su prometida:

—Adiós, María, le dijo; vuelvo á repetirte los juramentos que esta mañana te hice; el Crucifijo, prenda de tu amor y testigo de ellos, no se separará de mí hasta que yo no haya exhalado el último suspiro; sólo entonces podrán arrancarlo de mi corazón; tú, esposa mía, conserva esta corona, añadió, colocando en su frente divina tejida de mirto, y recuerda á tu Antonio. ¡Adiós! adiós, hermanas.

—Adiós! murmuraron María y Guadalupe. Cuando otra sinuosidad del sendero ocu-

lupé. tomó á Antonio á la vista de su familia, que lo había seguido con los ojos á la pálida luz de la luna, María sintió que la abandonaban sus fuerzas y tuvo que apoyarse en su hermana para no caer.

En ese momento se oyó el chillido lúgubre de una lechuza que atravesaba por aquel paraje.

María dió un grito, exclamando:

—¡¡ Ya no lo volveré á ver!! y cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, merced á los tiernos cuidados que le prodigaban sus padres y su hermana, comenzó á derramar abundantes lágrimas, y apoyándose en ellos, volvieron á la cabaña con la cabeza

inclinada y guardando todos un silencio sepulcral.

### III

#### EL CAPITÁN INSURGENTE

Algunos meses después de las escenas que acabamos de referir, Antonio, que había peleado valerosamente al lado de uno de los héroes que más se distinguieron en las guerras de nuestra independencia, se vió elevado al rango de capitán del ejército americano por el generalísimo don José María Morelos, antiguo cura de Nacupétaro y Carácuaro, quien hacía temblar en esa época al gobierno virreynal, dándole el mando de una guerrilla, y dejándole en libertad para que hostilizase, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al enemigo común.

Antonio correspondió dignamente á la confianza que su general había depositado en él, y su nombre inspiraba terror á los españoles, pues con su corta fuerza, repetidas veces había hecho morder el polvo á sus enemigos, superiores en número y disciplina, aunque no en valor ni en entusiasmo por la causa que unos y otros defendían.

En aquella época, donde tan á menudo hubo excesos lamentables que mancharon

las acciones más hermosas de uno y otro bando, el capitán Antonio se distinguía tanto por su generosidad hacia los vencidos, cuanto por su valor indomable en los momentos críticos de la lucha.

En el torbellino de la vida agitada de guerrillero no había olvidado ni un sólo instante á su adorada María; durante la noche, en medio del silencio de los campamentos ó en lo más acalorado de las contiendas, le parecía ver la sombra celestial de su amada, que cual un ángel venía á darle valor para esperar resignado el momento de gozar de la dicha inefable que le prometía su amor, ó á protegerlo como su ángel custodio de la muerte que bajo mil formas lo amenazaba por todas partes.

El Crucifijo de plata, esa prenda que María le había dado, y sobre la cual le jurara un amor eterno, no se separaba ni un sólo instante de su pecho, y cuando podía aislarse, lo contemplaba extasiado, renitiendo sus juramentos, cubriéndolo con sus besos apasionados y bañándolo con sus lágrimas.

María, entretanto, entregada á su amor y á sus esperanzas, aguardaba con ansia el término de una lucha que había de unirle á su amado. Dominada por la tristeza, su fisonomía había perdido ese rasgo distintivo de vivacidad que poseía en sus tiernos años, y en sus mejillas ya no se veían brillar

los hermosos colores que en otro tiempo; sin embargo, no por eso era su belleza menos interesante, y puede decirse que es tinte mate que el dolor había impreso en ella, como si sus lágrimas hubieran tomado los rosados colores de otro tiempo, daba mayor mérito á sus atractivos; María, en una palabra, era siempre una hermosura perfecta, aunque hubiesen modificado mucho sus largos padecimientos sus prendas físicas y sus cualidades morales.

Desde el momento en que se había separado de Antonio, éste en lo posible había cuidado de hacerle llegar noticias suyas. Por otra parte, el valiente joven había adquirido algún renombre, y cuando el eco de sus proezas de soldado, ó el rumor de alabanza que producía alguna de las acciones generosas que distinguían al noble guerrillero, llegaba hasta ella, sentía latir su corazón, sus mejillas se coloreaban y derramaba lágrimas de orgullo, porque consideraba digno de su acendrado amor, al hombre en quien había cifrado todo el porvenir de su dicha.

En el tiempo transcurrido desde que Antonio se había separado de la cabaña donde encontró un abrigo su infancia, ésta se había cubierto de luto, pues la virtuosa Mariana había volado á la mansión eterna á recibir del Todopoderoso el premio debido á sus virtudes. Su muerte había deja-

do un vacío que nada podía ocupar en el corazón de su familia, y todos sus deudos derramaron amargas lágrimas por su pérdida. Sin embargo, el dolor de María fue más intenso; lleno su corazón de un amor frenético, se hallaba más dispuesto á recibir cualquiera clase de impresiones, y el pesar de la muerte de su madre se acrecentó todavía más cuando no tuvo á su lado nadie que la consolara por la pérdida que había sufrido, ni nadie que comprendiera su dolor como lo habría hecho su amante.

En la época á que nos referimos, el general Morelos había emprendido su marcha para atacar á Oaxaca, y destinó al capitán Antonio para que con su corta fuerza cuidara en lo posible de todos los desfiladeros que dividen á la provincia de Veracruz de la de Puebla, Oaxaca y las Mixtecas.

Antonio aceptó con placer una comisión que lo acercaba al lado de su amada, sintió avivarse su amor cuando desde las alturas de las cumbres de Aculcingo divisó el hermoso paisaje que se extendía á sus pies, y con su mirada de águila procuró descubrir en él el punto donde estaba situada la cabaña habitada por su adorada María.

Esta por su parte supo que su amante debía recorrer muy pronto aquellas cercanías para proteger la marcha del ejército que mandaba el general Morelos, y su corazón latía con violencia cuando en su imagina-

ción de virgen y de amante se suponía ver á Antonio cubierto de gloria y postrado delante de ella jurándole de nuevo un amor del que nunca dudara.

Esta esperanza animó su semblante y le dió nueva vida, como los rayos del sol naciente vivifican á las flores.

Sin embargo, el renombre que por su valor había adquirido Antonio, lo hacía temible á nuestros opresores, y se despachó en su persecución un grueso destacamento. El capitán insurgente había tenido ya varios encuentros con las tropas que lo perseguían, en los que se había encontrado ya vencido ó ya vencedor, hasta que acosado por el número, se vió obligado á buscar un abrigo entre las montañas casi inaccesibles en que pasó su niñez, sosteniendo un sitio en regla en uno de los peñascos, donde se había formado una posición inexpugnable, desde la cual burlaba á sus enemigos.

María sólo había sabido que á su amado era al que se perseguía con el encarnizamiento con que se da caza á un tigre, y después de una larga ausencia, estando tan cerca de él, no había logrado verlo, aunque diariamente se nublaba el horizonte con el humo de la pólvora y el ruido de las armas que turbaban el silencio profundo de aquellas soledades; era el único sonido que le venía de su amado.

Así pasó algunos días la joven, casi lo-

ca por las angustias que sufría, y temiendo saber á cada momento que su amante había perecido en poder de un enemigo implacable, sediento de su sangre.

Pocos días después volvió á reinar por aquellos sitios un silencio sepulcral; al ruido de las armas de fuego sucedió la calma profunda de la naturaleza.

El oficial español que mandaba el destacamento, conociendo que serían inútiles sus esfuerzos para apoderarse de la posición que ocupaba Antonio por la fuerza, lo cercó completamente, y cortándole todos sus recursos, quiso que su temible enemigo se le entregase acosado por el hambre.

Muy pronto supo María la situación desesperada á que se hallaba reducido el hombre que amaba con un delirio apasionado, y sus temores crecieron al considerar que su pérdida era inevitable, pues no podrían sostenerse los sitiados mucho tiempo en su posición, en la que carecían de toda clase de recursos.

La idea de ver á Antonio víctima tal vez de la desesperación y de la codicia de sus mismos soldados, pues se había puesto su cabeza á precio, le hizo concebir una resolución desesperada.

María, esa joven tímida que apenas se atrevía á salir de la cabaña de su padre por temor de verse expuesta á los ultrajes de una soldadesca desenfadada; esa niña que

temblaba al murmullo que hacían las hojas agitadas por el viento, y cuya imaginación estaba llena de esos mil temores supersticiosos que asaltan sin cesar y son tan comunes entre los sencillos habitantes de los campos, halló unas fuerzas desconocidas en su amor, y tomó la resolución heroica de salvar á su amante aun á costa de su propia vida, sin que la arredraran los mil peligros que sabía muy bien que la rodeaban, y despreciando las órdenes severas que había dado el jefe del destacamento español.

El peligro inminente que amenazaba á Antonio le hizo olvidar todo, y cobrando nuevas fuerzas en su amor á medida que aquel aumentaba, se afirmó más y más en la resolución que había tomado, y confiando en la protección divina y en la pureza de su pasión, esperó con impaciencia la noche para llevar á cabo su proyecto.

Después que el anciano le dió su bendición y mientras todos dormían profundamente en la cabaña, salió María de ella, llevando un canasto con abundantes provisiones, las que destinaba á su amante.

En medio de la noche esa joven tan sencilla y tan tímida, parecía una aparición sobrenatural que vagaba en medio de aquellas soledades. Cualquiera que la hubiese visto la habría tomado por la hada de esos bosques ó por la diosa de las aguas que

venía á refrescarse al borde de los mil arroyos que regaban aquellos lugares.

María siguió por algún tiempo su marcha agitada por senderos conocidos tal vez de ella sola, que por todas partes se cruzaban en aquellos terrenos escarpados y que en épocas más felices había recorrido, jugueteando con Antonio, parándose á cada paso dominada por un terror vago que le producía el ruido suave que hacía una hoja al caer, el murmullo lejano de la caída de las aguas entre los peñascos, el rumor misterioso de los mil ruidos vagos que resuenan en medio de las soledades más profundas, ó los mismos latidos de su corazón.

Cuando se tranquilizaba sobre el motivo de sus temores, seguía su marcha cobrando nuevo valor, y en estos momentos una sonrisa divina jugueteaba en sus labios de coral.

Ya próxima al término de su viaje, y cuando creía haber salvado felizmente todos los peligros que la amenazaban, sintió que una mano de hierro la detenía por el brazo, dando á la vez la voz de alarma.

María dió un grito desgarrador que repitieron con un eco lúgubre todas las cavernas de la montaña, y cayó sin sentido en brazos de los verdugos de Antonio.

Sorprendida la noble joven, había caído en poder de una emboscada del destacamento español.

## IV

## CATÁSTROFE

Luego que el jefe de la emboscada reconoció á María y se cercioró del objeto que la había llevado á aquellos lugares, puesto que la joven generosa no sabía mentir, la condujeron á presencia del comandante de los sitiadores. Este era un antiguo soldado catalán, que educado desde muy joven en medio de los campamentos, no tenía otra regla para dirigir su conducta sino la exacta observancia de su consigna. Su corazón no había gustado nunca ninguno de esos dulces sentimientos que en el curso de la vida nos hacen simpatizar con los sufrimientos de los demás, disponiendo nuestra alma á la generosidad y al amor.

A pesar de la dureza de su carácter, el comandante Bernet no pudo permanecer indiferente á la situación difícil en que se había colocado la pobre María; la interrogó de nuevo por sí mismo, deseando encontrar algún pretexto para salvarla, y cuando vió engañada su esperanza, sintió conmoverse su corazón al pensar en la suerte que aguardaba, como recompensa de tanta abnegación y de tanto amor, á la joven desgraciada.

Después de tantos años como había sido testigo de mil dolores y de mil escenas sangrientas, sintió vibrar en su corazón una fibra que hasta entonces había dormido profundamente en él, y vaciló por primera vez para cumplir estrictamente con su deber.

Sin embargo, á muy poco se avergonzó de ese primer impulso de generosidad, y temiendo que le faltase el valor, sin fijar la vista en la fisonomía celestial y sencilla de la noble joven, mandó que la condujesen á una barraca inmediata, anunciándole que dentro de pocas horas sería pasada por las armas por el "crimen" de haber querido llevar provisiones á los "traidores."

María oyó su sentencia sin temer por sí misma; tal vez no tenía ni la conciencia de lo que por ella pasaba en ese instante, y se retiró sin replicar una palabra, conducida por los soldados.

Entre tanto había amanecido, la naturaleza se despertó risueña, como sucede generalmente en nuestro hermoso clima, y el anciano buscaba afanoso á su hija predilecta, que había desaparecido de la cabaña.

Después de mil pesquisas inútiles, y agobiado por el más profundo dolor, se dispónia á ir á buscarla de nuevo, cuando Guadalupe se ofreció á ir á adquirir noticias suyas á la aldea inmediata.

Sin fuerzas el anciano, y creyendo que

había perdido para siempre á su hija adorada, accedió gustoso á la proposición que le hacía Guadalupe, asiéndose de esta última esperanza, como el náufrago que próximo á sumergirse bajo las olas, descubre la tabla que pueda proporcionarle algunas probabilidades de salvar la vida.

Guadalupe, con ese dón magnético que poseen todas las almas sensibles, adivinó desde luego cuál era el camino que había tomado su hermana, y sin dirigirse á la aldea, fué al lugar que era en aquel momento teatro de una lucha mortal, segura de que allí adquiriría noticias de María y de que podría volver pronto á calmar la inquietud del anciano, tranquilizando á la vez los temores que la asaltaban á ella.

En su tránsito encontró dos soldados que empezaron á dirigirle esas galanterías que tan á menudo prodigan los de su clase; la joven se ruborizó, pero acallando su pudor, les pidió noticias de su hermana. Los soldados le dijeron brutalmente lo que había pasado, y que condenada como espía á sufrir la última pena, iban á la aldea en busca de un confesor que le viniese á proporcionar los auxilios espirituales.

Guadalupe se sintió desfallecer; pero tomando en aquel momento una resolución heroica y desesperada, se propuso salvar á su hermana.

Sin titubear siguió su marcha en dirección del campo español, y una vez llegada á él, suplicó que se la llevase á presencia del comandante.

Se la condujo delante de Bernet, quien al verla adivinó el objeto que la traía allí, y temiendo que le faltasen las fuerzas para desoír sus ruegos, quiso salir apresuradamente de la barraca donde estaba; pero ya no era tiempo, Guadalupe se arrastraba á sus pies, abrazando sus rodillas y pidiéndole la vida de su inocente hermana.

Todos esos hombres que se presentaban serenos á la muerte, que estaban acostumbrados á desafiarla diariamente, se conmovieron y no pudieron contener sus lágrimas, que corrían en abundancia por sus mejillas tostadas por el sol, á vista de ese tierno espectáculo: sin embargo, era imposible salvar á María, y lo único que pudo conseguir Guadalupe, fué que se le permitiese verla.

Cuando Guadalupe entró en la barraca donde María estaba presa, no pudo disimular su dolor, y sin poder pronunciar ni una palabra, ambas jóvenes se abrazaron, y de esta manera confundieron sus lágrimas y sus sollozos.

Después de un largo silencio, exclamó Guadalupe con resignación:

—No perdamos un tiempo inútil, María: sálvate; es preciso que vivas para que hagas

la felicidad de nuestro anciano padre y sirvas de apoyo á su vejez.

—¡Salvarme! exclamó María, ¿me han perdonado?

—No, hermana mía, nunca pronuncian la palabra de perdón nuestros opresores, bien lo sabes, María; pero me quedaré en tu lugar, cambiaremos de traje, y con el pretexto de engujar tus lágrimas, te cubrirás la cara y no te conocerán.

—¿Y tú morirás en mi lugar?

—No, no se atreverán á asesinar á una inocente; no temas por mí.

—¿Cómo quieres que no tema por ti, hermana mía, cuando esos hombres no conocen la compasión? Anoche, cuando me sorprendieron, creí por un momento que teniendo piedad de mi juventud y de mi amor, me perdonarían; sin embargo, ya ves cómo me he engañado. Guadalupe, estoy condenada á morir por haber querido prestar un auxilio débil á mi Antonio. ¿Crees acaso que el sacrificio inspirado por el amor fraternal abogue con más fuerza en esos corazones de piedra, que la abnegación que me inspira mi amor? ¡Ah! cómo te engañas!

—María, no te ocupes de mí, te lo ruego, estoy segura que nada me sucederá; tú eres una joven noble y virtuosa; es imposible que puedas morir tan niña: después de estos días de angustia y de prueba, go-

zarás una felicidad que ya nada podrá turbar; un porvenir hermoso se presenta delante de tí, María; en la vida te aguarda el amor de tu Antonio y el cariño acendrado de un padre que te ama sobre todo en el mundo, mientras que yo, María, mi mayor dicha será poder sacrificarme por la felicidad de ustedes.

—Nunca, Guadalupe, ¡nunca! exclamó la noble niña bañada en lágrimas y tapándole la boca á su hermana con su linda manecita.

—Además, ya te he dicho que no se atreverán á matarme ni osarán sacrificar á una inocente. Por otra parte, Antonio está en peligro y tú puedes salvarlo.

Al oír el nombre de su amante, al recordarle el peligro inminente que lo amenazaba, la joven titubeó por un momento; pero muy pronto desechó el pensamiento que se le había ocurrido de salvarse aun á costa de la vida de su hermana para poder ser útil á su amante, y exclamó con una energía desesperada:

—No creas seducirme con esas imaginaciones halagüeñas que me presentas; si he de morir, la muerte me es grata, supuesto que la recibo por salvar á Antonio.

En este momento un tumulto y un ruido confuso de armas apagó la voz de las dos hermanas, y á muy poco se siguió un vivo tiroteo en las inmediaciones de la barraca donde se encontraban las dos hermanas.

Muy fácil será adivinar la causa de este ataque repentino y el que no se esperaban los españoles. Antonio había visto en la mañana llegar al campamento enemigo á Guadalupe, á quien había conocido, y sospechando parte de la verdad de lo que pasaba, pues sólo suponía que quien estaba en poder de los españoles era el anciano Pedro, á quien sin duda amenazaba algún peligro, dispuso hacer un esfuerzo desesperado y atacar á los españoles para libertar á su padre adoptivo, si sus temores eran fundados, y salvarse él mismo de la posición difícil en que se encontraba.

Con el valor que distinguía siempre á nuestro joven, dirigió un ataque rudo contra los sitiadores; cuantos obstáculos se le ponían delante los arrollaba con denuedo, y muy en breve quedó victorioso, á pesar de la superioridad numérica de sus contrarios.

Cuando ya no vió á su lado enemigos á quienes vencer y combatir, sino sólo á prisioneros que perdonar, se dirigió presuroso á la barraca donde había visto entrar á Guadalupe.

Las dos hermanas entretanto, sorprendidas en un principio por la algazara y la confusión que oían, muy pronto adivinaron la causa de ella, y oraban con fervor para que el Dios de las batallas diese la victoria al noble joven, que tal vez hacía ese esfuer-

zo desesperado para salvarlas. Sabían también que de su triunfo dependía su salvación.

Cuando cesó el ruido de la fusilería enmudecieron á su vez, y casi sin respirar, esperaron á que alguno se presentase ó á salvarlas ó á confirmar su sentencia de muerte.

De repente oyeron ruido en la puerta y un hombre se presentó en ella.

—¡Antonio! exclamó María lanzándose á su encuentro.

El capitán dió un grito, extendió los brazos como para recibir á su María, y cayó al suelo. En aquel momento los ecos de la montaña repitieron el estallido de una arma de fuego.

Una bala había atravesado el cráneo del valiente guerrillero. Una bala traidora dirigida por la mano de uno de los soldados dispersos.

María sólo abrazó el cadáver de su amante, y cayó sin sentido á su lado, bañada en la sangre que con abundancia corría de la herida. . . . .

Entretanto, el desgraciado Pedro, que había esperado por mucho tiempo la vuelta de sus hijas, fijaba con ansia sus miradas en los senderos que por todas partes cruzaban en la montaña, sin poder descubrirlas. Las sombras de los árboles indicaban que ya el sol había recorrido más de la mitad de su carrera, y no pudiendo domina-

por más tiempo su impaciencia, marchó en su busca.

El ruido del combate llamó su atención, y conducido por una fuerza irresistible hacia aquel lugar, llegó cuando aún su María no había recobrado el sentido á pesar de los cuidados que le había prodigado su hermana, y un espectáculo desgarrador se presentó á su vista. Los dos jóvenes estaban tendidos en el suelo, cubiertos con la noble sangre del insurgente; sobre ellos se inclinaba el rostro celestial de Guadalupe bañado en lágrimas. El anciano tuvo bastante presencia de ánimo para dominar su emoción, y mandó que se llevase el cuerpo de Antonio á su cabaña para prodigarle allí los últimos deberes que se dan á una persona amada que ha dejado de existir.

Cuando María volvió en sí, dirigió una mirada vaga á cuanto la rodeaba, y descubriendo á lo lejos el grupo que conducía el cadáver de su amante, se puso en pie y lo siguió con la cabeza inclinada, pálida y sin pronunciar una palabra.

En la noche de ese día se vió acometida de una fiebre violenta que la puso á orillas del sepulcro; sin embargo, su robustez y la fuerza de su juventud la volvieron á la vida, y cuando salió del estado delirante que le había producido su enfermedad, vió colgado de su cuello el Crucifijo de plata que había dado á su amante, tinto todavía con la sangre de éste.

A su vista derramó abundantes lágrimas que aliviaron á su corazón del peso enorme que lo oprimía. . . . María se había salvado.

## V

## CONCLUSIÓN

Algunos años después, las campanas del convento de . . . tocaban á muerto; en el coro de la iglesia se veía un féretro, y el cántico grave y solemne de la comunidad se perdía entre las bóvedas del templo.

Sobre el pecho de la religiosa muerta se veía brillar un Crucifijo de plata, y también tenía colocada en la cabeza, entre las flores que la adornaban, una corona de mirto, que el tiempo había marchitado desde hacía mucho.

En la reja del coro un anciano y una joven, derramaban abundantes lágrimas, sin poder separar su vista del triste espectáculo que tenían delante.

El cadáver de la religiosa era el de María.

El anciano y la joven que sollozaban en la iglesia, eran Guadalupe y Pedro.